

JUAN JOSÉ DEL SOLAR BARDELLI

Traductor. Perú / España

(1 de marzo de 1946 – 18 de abril de 2014)

Perfil biográfico

Destacado traductor de autores germanófonos. Movidado por la curiosidad y la fascinación que sintiera por el idioma alemán, marchó a Europa tras terminar los estudios de secundaria (educación media), y después de algunos ciclos en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Cursó estudios de filología románica y germánica en la Universidad de Heidelberg y de filología y literatura francesas en La Sorbona de París. Viajero infatigable, filólogo de formación y «traductor de corazón», vivió en Cataluña durante tres décadas, desde 1972. En 1998 sufrió un infarto cerebral (durante una estancia en Alemania) que le paralizó medio cuerpo y le llevó a tomar la decisión de trasladarse en diciembre de 2002 a su Lima natal, donde residiría hasta su muerte, el 18 de abril de 2014.

Su última obra traducida es la que el lector tiene ahora en sus manos.

La intensa y dilatada experiencia profesional de Juan José del Solar también ha destilado un notorio aporte ideológico para el gremio, bien a través de su magisterio, impartiendo seminarios de traducción literaria en universidades de Alemania, Austria y Suiza, bien como miembro honorario del Colegio de Traductores del Perú o como miembro del consejo de redacción de la revista de traducción literaria *Vasos comunicantes*, editada por ACETT. Su dedicación íntegra a la traducción ha sido laureada, además, con varios galardones: el premio de traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Federal de Alemania (1985); el Premio Nacional de Traducción del Ministerio de Cultura de España en dos ocasiones: a la mejor obra traducida (1995), por *Historia del doctor Fausto*, y a la obra de un traductor (2004); el premio nacional austríaco de traducción literaria (1999) y el premio de traducción de la fundación Calwer Hermann-Hesse-Stiftung (2004). En 2010 el Estado peruano le otorgó la condecoración de Gran Oficial de la Orden al Mérito por Servicios Distinguidos.

Actividad traductora

Virtió al español más de ochenta obras escritas en lengua alemana, entre ellas las de los nobeles Thomas Mann, Hermann Hesse, Elias Canetti y Herta Müller. Precisa-

mente el escritor de origen búlgaro Elias Canetti le dirigiría el 18 de mayo de 1979 una carta, en la que le mostraba su admiración y profundo agradecimiento por la excelencia de sus versiones al español, que consideraba inmejorables. Nada extraño, pues, que acabaran trabando una estrecha amistad ni que el nobel designara a Del Solar traductor oficial de sus obras. Tampoco la crítica literaria escatima elogios a la hora de aludir al *traidor* en las reseñas de aquellas obras que —en muchas ocasiones, por primera vez— pueden leerse en español gracias al esmerado trabajo del traductor peruano; alusiones, por lo demás, que ponen el acento en la «elegancia» de estilo, juiciosa y natural, con que Del Solar culmina su labor. No en vano, la musicalidad de la lengua, en torno a cuyo eje acaba de concretarse la elección estilística, constituye una preocupación central en sus traducciones. Desde una óptica propiamente traduccional, sus planteamientos teóricos asumen la necesidad de reivindicar una versión fiel a las constantes estilísticas del autor, a fin de mantener la especificidad de su escritura.

Bibliografía

A pesar de ser un traductor consagrado, las referencias a Del Solar son coyunturales y omiten el calado profundo e intelectual a que invita su esmerado trabajo. Así, de forma tangencial, se refieren a Juan José del Solar algunos artículos aparecidos en la prensa española y peruana con motivo de la concesión del Premio Nacional de Traducción (p. ej.: «Del Solar y Mario Merlino, Premios Nacionales de Traducción», *El Mundo*, 12.11.2004), algunas reseñas a nuevas publicaciones literarias (p. ej.: «La mirada extraña», *Revista de Libros*, número 137, mayo de 2008), o incluso algún reportaje sobre alguna obra o escritor (p. ej.: «Elias Canetti en pocas palabras», *El País*, 03.03.2007). Resultan de interés la entrevista concedida a Julio Zavalán Vega para la revista virtual de literatura *El hablador*, número 16 (<http://www.elhablador.com/dossier16_zavala1.html>), el discurso laudatorio de Hans Meinke a Del Solar a la entrega del premio concedido por la fundación Calwer Hermann Hesse (<http://www.literaturuebersetzer.de/pages/preise-preistraeger/hhesse_solar04.htm>, 02.07.2004) y, especialmente, amén de los prólogos del propio traductor, las aproximaciones a su *modus operandi* desde los ensayos de Jaime Siles («El testigo escuchón. Cincuenta caracteres», *ABC*, 11.03.1994) y Violeta Pérez («Robert Walser. Las reseñas como crítica y documento de la recepción literaria», *Hieronymus Complutensis*, número 1, enero-junio de 1995).

David PÉREZ BLÁZQUEZ*

Dpto. de Traducción e Interpretación

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Alicante

* Pérez Blázquez, D. (2014), «Juan José del Solar», en *Histrad: Biografías de traductores*, en línea: <http://web.ua.es/es/histrad/documentos/biografias/juan-jose-del-solar-bardelli.pdf>

Introducción

Soy poco proclive a hablar de mí mismo y prefiero ceder la palabra a los grandes pensadores que han inspirado mi existencia. Sin embargo, hablarles de ciertas etapas que he recorrido en mi vida los ayudará a comprender cómo decidí escribir este libro y defender las ideas que en él expongo.

Después de haber crecido en Occidente, fui a la India por primera vez en 1967, a la edad de veinte años, para encontrarme con los grandes maestros del budismo tibetano, entre los que figuraba Kangyur Rimpoché, quien se convertiría en mi principal guía espiritual. Aquel mismo año empecé a trabajar en una tesis sobre genética celular bajo la dirección de François Jacob, en el Instituto Pasteur. A esos años de formación científica debo el haber aprendido a valorar la importancia del rigor y la honestidad intelectuales.

En 1972, una vez terminada mi tesis, decidí establecerme en Darjeeling, cerca de mi maestro. Durante los años posteriores a ese encuentro, llevé una vida sencilla en la India, luego en Bután, Nepal y el Tíbet. Apenas recibía una carta al mes, no tenía radio ni periódicos y no sabía nada de lo que sucedía en el mundo. Estudiaba con mis maestros espirituales, Kangyur Rimpoché, y después de su muerte en 1975, con Dilgo Khyentsé Rimpoché. Pasé, pues, cierto número de años en un retiro contemplativo en una ermita, dedicándome lo mejor que podía a las actividades de los monasterios con los que me había comprometido: Ogyen Kunzang, Chöling en Darjeeling, y Shechen en Nepal, trabajando al mismo tiempo en la conservación del patrimonio cultural y espiritual del Tíbet. Gracias a las enseñanzas que recibí de esos maestros fui tomando conciencia de los inestimables beneficios del altruismo.

En 1997 recibí un mensaje de Francia, en el que me proponían mantener un diálogo con mi padre, el filósofo Jean-François Revel. La publicación del libro surgido de dichas conversaciones, que tuvieron lugar en Nepal, *El monje y el filósofo*, marcó el final de una vida tranquila y anónima, pero me ofreció a cambio nuevas oportunidades.

Tras un cuarto de siglo de inmersión en el estudio y la práctica del budismo, lejos del escenario occidental, me encontré nuevamente enfrentado a las ideas contemporáneas. Reanudé el contacto con el mundo científico dialogando con el astro-

físico Trinh Xuan Thuan (*El infinito en la palma de la mano*, 2000). Tomé parte asimismo en los encuentros del Mind and Life Institute, una organización puesta bajo la égida del Dalái Lama y fundada por el neurocientífico Francisco Varela, que tiene por objetivo favorecer los intercambios entre la ciencia y el budismo. En 2000 empecé a participar activamente en programas de investigación en neurociencias, cuyo objetivo es analizar los efectos, a corto y largo plazo, del entrenamiento del espíritu por la meditación.

Mi experiencia se constituyó, pues, en la confluencia de dos grandes influencias, la de la sabiduría budista de Oriente y la de las ciencias occidentales.

A mi regreso de Oriente, mi mirada había cambiado, y el mundo también. Ahora me había acostumbrado a vivir en el seno de una cultura y entre personas cuya prioridad era convertirse en mejores seres humanos, transformando su manera de ser y de pensar. Las preocupaciones ordinarias como la ganancia y la pérdida, el placer y el desplacer, el elogio y la crítica, eran consideradas allí pueriles y fuentes de sinsabores. Por encima de todo, el amor altruista y la compasión constituían las virtudes cardinales de toda vida humana y se encontraban en el corazón del camino espiritual. Fui inspirado, y aún lo sigo siendo, por la idea budista según la cual cada ser humano posee en sí un potencial inalterable de bondad y alegría.

Tanto más desconcertante resultaba el mundo occidental con el que volví a encontrarme, un mundo donde el individualismo es apreciado como una fuerza y una virtud, al punto de que se confunde con el egoísmo y el narcisismo.

Interrogándome sobre las fuentes culturales y filosóficas de esta diferencia, recordé a Plauto, para quien «el hombre es un lobo para el hombre»¹ —afirmación recogida y ampliada por Thomas Hobbes, que habla de «la guerra de todo hombre contra todo hombre»—,² y a Nietzsche, quien afirma que el altruismo es la marca de los débiles, y finalmente a Freud, quien asegura «no haber descubierto sino muy poco “bien” entre los hombres».³ Yo pensaba que sólo se trataba de unos cuantos espíritus pesimistas, y calculaba mal el impacto de sus ideas.

Preocupado por comprender mejor este fenómeno, comprobé hasta qué punto la suposición de que todos nuestros actos, palabras y pensamientos están motivados por el egoísmo, ha influido en la psicología occidental, las teorías de la evolución y la economía, hasta adquirir la fuerza de un dogma cuya validez sólo ha sido impugnada recientemente. Lo más sorprendente sigue siendo la tenacidad de algunos grandes espíritus que quieren descubrir a cualquier precio una motivación egoísta en cada acto humano.

Al observar la sociedad occidental, no podía por menos de estar de acuerdo en que los «sabios» ya no eran los modelos, sino que habían sido sustituidos por la gente célebre, rica o poderosa. La importancia desmesurada que se concedía al consumo y al gusto de lo superfluo, así como al reino del dinero, me llevaron a pensar

que muchos de nuestros contemporáneos habían olvidado el objetivo de la existencia —alcanzar un sentimiento de plenitud— para perderse en los medios.

Por lo demás, ese mundo parecía ser presa de una curiosa contradicción, pues los sondeos de popularidad situaban en los primeros puestos a Gandhi, Martin Luther King, Nelson Mandela y la madre Teresa. Durante años, el abate Pierre fue, según los mismos sondeos, el francés más popular. Esta paradoja se esclareció un poco cuando leí una encuesta en la que se preguntaba a varios centenares de estadounidenses: «¿A quién admiras más, al Dalái Lama o a Tom Cruise?» A esta pregunta, el 80 % respondió: «Al Dalái Lama». Luego les preguntaron: «Si pudieras elegir, ¿quién preferirías ser?» «Tom Cruise», declaró el 70 % de los encuestados. Lo cual demuestra que reconocer los verdaderos valores humanos no impide que nos seduzca el señuelo de la riqueza, el poder y la fama, y preferir la imagen de la felicidad a la idea de un esfuerzo de transformación espiritual.

En la realidad cotidiana, a pesar de toda la violencia que aflige al mundo, nuestra existencia está muy a menudo entretejida por actos de cooperación, de amistad, de afecto y deferencia. La naturaleza no es sólo «garras y colmillos rojos de sangre», como deploraba el poeta Alfred Tennyson.⁴ Además, a diferencia de las ideas recibidas y de la impresión que nos dan los medios, todos los estudios de fondo, sintetizados en una obra reciente de Steven Pinker, profesor de Harvard, demuestran que la violencia, en todas sus formas, no ha dejado de disminuir en el curso de los últimos siglos.⁵

Gracias al contacto con mis amigos científicos, me tranquilizó comprobar, no obstante, que durante los últimos treinta años, esta visión deformada de la naturaleza humana había sido corregida por un número cada vez mayor de investigadores que demostraron que la hipótesis del egoísmo universal había sido desmentida por la investigación científica.⁶ Daniel Batson, en particular, fue el primer psicólogo que se dedicó a probar, recurriendo a protocolos científicos rigurosos, que el altruismo verdadero existía y no se reducía a una forma de egoísmo disfrazado.

La fuerza del ejemplo

Cuando era joven, a menudo oía decir que la bondad era la cualidad más admirable del ser humano. Mi madre me lo demostraba constantemente con sus actos, y, a mi alrededor, muchas personas a las que respetaba me incitaban a tener buen corazón. Sus palabras y sus actos eran una fuente de inspiración y me abrían un campo de posibilidades que alimentaba mis esperanzas. Fui educado en un medio laico y nadie me inculcaba dogmas sobre el altruismo o la caridad. Tan sólo la fuerza del ejemplo me enseñó mucho más.

Desde 1989 tengo el honor de servir como intérprete de francés al Dalái Lama, quien declara a menudo: «Mi religión es la bondad», y la quintaesencia de cuyas enseñanzas es: «Todo ser, incluso hostil, teme como yo el sufrimiento y busca la felicidad. Esta reflexión nos lleva a sentirnos profundamente afectados por la felicidad del otro, amigo o enemigo. Es la base de la compasión auténtica. Buscar la felicidad permaneciendo indiferente ante los demás es un error trágico». Esta enseñanza la encarna el Dalái Lama en la vida cotidiana. Ante cualquier persona, la visitante o el transeúnte con el que se cruza en un aeropuerto, él está siempre presente de manera total e inmediata, con una mirada desbordante de bondad que penetra en vuestro corazón para depositar en él una sonrisa y retirarse luego discretamente.

Hace unos años, cuando me preparaba para partir a un retiro en las montañas de Nepal, pedí unos cuantos consejos al Dalái Lama. «Al principio, medita sobre la compasión, en el centro, medita sobre la compasión, al final, medita sobre la compasión», me respondió.

Todo practicante debe transformarse primero él mismo antes de poder ponerse eficazmente al servicio de los demás. No obstante, el Dalái Lama insiste en la necesidad de construir un puente entre la vida contemplativa y la vida activa. Si la compasión sin sabiduría es ciega, la compasión sin acción es hipócrita. Es bajo su inspiración y la de mis otros maestros espirituales como, desde 1999, yo consagro mis recursos y una gran parte de mi tiempo a las actividades de Karuna-Shechen.* Se trata de una asociación humanitaria, integrada por un grupo de voluntarios totalmente entregados a esa causa, y de generosos benefactores, que construye y financia escuelas, clínicas y hospicios en el Tíbet, Nepal y la India. Karuna Shechen ha realizado más de ciento veinte proyectos.

Los desafíos de hoy

Nuestra época se enfrenta a numerosos desafíos. Una de nuestras mayores dificultades consiste en conciliar los imperativos de la economía, de la busca de la felicidad y del respeto al medio ambiente. Estos imperativos corresponden a tres escalas de tiempo, el plazo corto, mediano y largo, a los que se superponen tres tipos de intereses —los nuestros, los de nuestro prójimo y los de todos los seres.

La economía y las finanzas evolucionan a un ritmo cada vez más rápido. Los mercados bursátiles se elevan y se desploman de un día al otro. Los nuevos métodos para hacer transacciones a gran velocidad, concebidos por los equipos de ciertos

* Véase www.karuna-shechen.org.

bancos y utilizados por los especuladores, permiten efectuar 400 millones de transacciones por segundo. El ciclo de vida de los productos se vuelve extremadamente breve. ¡Ningún inversionista está dispuesto a colocar su dinero en bonos del Tesoro reembolsables al cabo de cincuenta años! Quienes viven holgadamente fruncen el ceño cuando se trata de reducir su tren de vida en beneficio de los más desfavorecidos y de las generaciones venideras, mientras que quienes viven en la penuria aspiran de manera legítima a tener más prosperidad, y también a entrar en una sociedad de consumo que anima a adquirir lo superfluo.

La satisfacción de la vida se mide en función de un proyecto de vida, de una carrera, de una familia y de una generación. Se mide también por la calidad de cada instante que pasa, de las alegrías y sufrimientos que colorean nuestra existencia, de nuestras relaciones con los otros; se evalúa además por la naturaleza de las condiciones exteriores y por la manera como nuestro espíritu traduce esas condiciones en bienestar o malestar.

En lo que respecta al medio ambiente, hasta hace poco su evolución se medía en términos de eras geológicas, biológicas y climáticas de decenas de miles de años, salvo en casos de catástrofes planetarias debidas al impacto de asteroides gigantes o de erupciones volcánicas. En la actualidad, el ritmo de estos cambios no para de acelerarse por los trastornos ecológicos provocados por las actividades humanas. En particular, los cambios rápidos que se han producido desde 1950 han definido una nueva era para nuestro planeta, el *antropoceno* (literalmente, 'la era de los humanos'). Es la primera vez en la historia del mundo en que las actividades humanas modifican profundamente, (y de momento, degradan) la totalidad del sistema que mantiene la vida en la Tierra.

Para muchos de nosotros, la noción de «simplicidad» evoca una privación, un estrechamiento de nuestras posibilidades y un empobrecimiento de la existencia. No obstante, la experiencia demuestra que una simplicidad voluntaria no implica en absoluto una disminución del bienestar, sino que aporta, por el contrario, una mejor calidad de vida. ¿Es más agradable pasar un día con los hijos y los amigos, en casa, en un parque o en contacto con la naturaleza, o pasarlo recorriendo tiendas? ¿Es más agradable disfrutar de la alegría de tener un espíritu satisfecho o querer constantemente algo más: un coche más caro, ropa de marca o una casa más lujosa?

El psicólogo estadounidense Tim Kasser y sus colegas de la Universidad de Rochester han demostrado el coste más elevado de los valores materiales.⁷ Gracias a sus estudios, que abarcan una veintena de años, han descubierto que, en el seno de una muestra representativa de la población, los individuos que concentraban su existencia en la riqueza, la imagen, el estatus social y otros valores materialistas promovidos por la sociedad de consumo, están menos satisfechos de su existencia.

Centrados en ellos mismos, prefieren la competencia a la cooperación, contribuyen menos al interés general y se preocupan poco de las cuestiones ecológicas. Sus vínculos sociales se han debilitado y, si bien cuentan con muchas relaciones, tienen menos amigos de verdad. Manifiestan menos empatía y compasión con quienes sufren, y tienden a instrumentalizar a los otros según sus propios intereses. Tienen, paradójicamente, menos buena salud que el resto de la población. Ese consumismo inmoderado está estrechamente vinculado a un egocentrismo excesivo.

Por lo demás, los países ricos, que aprovechan al máximo la explotación de los recursos naturales, no quieren reducir su tren de vida. Sin embargo, son ellos los principales responsables de los cambios climáticos y de las otras calamidades (incremento de las enfermedades sensibles a los cambios climáticos, la malaria, por ejemplo, que se propaga en nuevas regiones o en altitudes más elevadas desde que la temperatura mínima ha ido aumentando) que afectan a las poblaciones más desposeídas, aquellas cuya contribución a esos cambios es la más insignificante. Un afgano produce dos mil quinientas veces menos CO₂ que un catari y mil veces menos que un estadounidense. El magnate estadounidense Stephen Forbes declaró a una cadena de televisión conservadora (Fox News), a propósito de la elevación del nivel de los océanos: «Modificar nuestros comportamientos porque algo acontecerá dentro de cien años es, diría yo, profundamente extraño».⁸ ¿No es una declaración semejante lo que resulta realmente absurdo? El jefe del mayor sindicato de la carne en los Estados Unidos es incluso más abiertamente cínico: «Lo que cuenta —dijo— es que vendamos nuestra carne. Lo que ocurra dentro de cincuenta años no es asunto nuestro».⁹

Ahora bien, resulta que todo eso es asunto nuestro, es asunto de nuestros hijos, de nuestro prójimo y de nuestros descendientes, así como de la totalidad de los seres, humanos y animales, ahora y en el futuro. Concentrar nuestros esfuerzos únicamente en nosotros mismos y nuestro prójimo, y a corto plazo, es una de las manifestaciones más deplorables del egocentrismo.

El individualismo puede, por sus aspectos positivos, favorecer el espíritu de iniciativa, la creatividad y la liberación de normas y dogmas desusados y apremiantes, pero también puede degenerar muy rápidamente en un egoísmo irresponsable y un narcisismo galopante, en detrimento del bienestar de todos. El egoísmo se halla en el corazón de la mayoría de los problemas a los cuales tenemos que enfrentarnos hoy: la distancia cada vez mayor entre ricos y pobres; la actitud de «cada cual para sí», que no hace sino aumentar, y la indiferencia hacia las generaciones venideras.

La necesidad del altruismo

Necesitamos un hilo de Ariadna que nos permita reencontrar nuestro camino en ese laberinto de preocupaciones graves y complejas. El altruismo es ese hilo que puede permitirnos enlazar naturalmente las tres escalas temporales: plazos corto, medio y largo, armonizando sus exigencias.

El altruismo se presenta a menudo como un valor moral supremo, tanto en las sociedades religiosas como en las laicas. Sin embargo, no tendría cabida en un mundo totalmente dominado por la competencia y el individualismo. Algunos se rebelan incluso contra la «imposición del altruismo», que consideran una exigencia de sacrificio, y elogian las virtudes del egoísmo.

Ahora bien, en el mundo contemporáneo, el altruismo es más que nunca una necesidad, incluso una urgencia. Es también una manifestación natural de la bondad humana, cuyo potencial tenemos todos, a pesar de las múltiples motivaciones, con frecuencia egoístas, que atraviesan y a veces dominan nuestros espíritus.

¿Cuáles son, de hecho, los beneficios del altruismo frente a los problemas mayores que hemos descrito? Tomemos unos cuantos ejemplos. Si cada uno de nosotros cultivara más el altruismo, es decir, si tuviéramos más consideración por el bienestar ajeno, los inversores, por ejemplo, no se entregarían a especulaciones salvajes con los ahorros de los pequeños ahorristas que han depositado en ellos su confianza, con el objetivo de cosechar los máximos dividendos a fin de año. No especularían con los recursos alimentarios, las semillas, el agua y otros elementos vitales para la supervivencia de los más desposeídos.

Si tuvieran más consideración por la calidad de vida de quienes nos rodean, los que deciden y otros actores sociales se preocuparían de mejorar las condiciones de trabajo, de la vida familiar y social, y muchos aspectos más de la existencia. Acabarían interrogándose sobre la distancia cada vez mayor que separa cada vez más a los más desposeídos de los que representan el 1 % de la población, pero poseen el 25 % de las riquezas.* En fin, podrían abrir los ojos sobre el destino de la sociedad de la que se aprovechan y sobre la cual han construido su fortuna.

Si tuviéramos más consideraciones para con los demás, actuaríamos todos tratando de remediar la injusticia, la discriminación y la indignancia. Reflexionaríamos entonces sobre la manera como tratamos a las especies animales, reduciéndolas a no ser sino instrumentos de nuestro dominio ciego que las transforma en productos de consumo.

En fin, si demostrásemos tener más consideración hacia las generaciones futuras, no sacrificaríamos ciegamente el mundo a nuestros intereses efímeros, no de-

* Estas cifras se refieren a la situación en los Estados Unidos.

jando a quienes vengan después de nosotros sino un planeta polucionado y empobrecido.

Por el contrario, nos esforzaríamos en promover una economía solidaria que deje un lugar a la confianza recíproca y valore los intereses ajenos. Consideraríamos la posibilidad de una economía diferente, la que sostienen ahora muchos economistas modernos,* una economía que repose sobre los tres pilares de la verdadera prosperidad: la naturaleza, cuya identidad debemos preservar, las actividades humanas que deben expandirse, y los medios financieros que permitan asegurar nuestra supervivencia y nuestras necesidades materiales razonables.**

La mayoría de los economistas clásicos han basado durante demasiado tiempo sus teorías en la hipótesis de que los hombres van en pos exclusivamente de intereses egocéntricos. Esta hipótesis es falsa, pero constituye el fundamento de los sistemas económicos contemporáneos basados en el principio del librecambismo que sistematizó Adam Smith en *La riqueza de las naciones*. Estos mismos economistas han pasado por alto la necesidad de que cada individuo tome en consideración el bien ajeno, necesidad claramente formulada, sin embargo, por Adam Smith en la *Teoría de los sentimientos morales*.

Olvidando asimismo el hincapié hecho por Darwin en la importancia de la cooperación en el mundo de lo vivo, algunas teorías contemporáneas sobre la evolución consideran que el altruismo sólo tiene sentido si es proporcional al grado de parentesco biológico que nos une a quienes llevan una parte de nuestros genes. Ya veremos cómo algunas nuevas tesis en la teoría de la evolución permiten tener en cuenta la posibilidad de un altruismo extendido que trascienda los vínculos de proximidad familiares y tribales y valore el hecho de que los seres humanos son esencialmente «supercooperadores»***

Contrariamente a lo que podría sugerir el alud de noticias alarmantes que aparecen con frecuencia en la primera página de los periódicos, un buen número de estudios demuestran que cuando ocurre una catástrofe natural u otro tipo de situación dramática, la ayuda mutua es más la regla que el cada cual para sí mismo, la calma es mayor que el pánico, la entrega afectuosa, mayor que la indiferencia, y el valor, más fuerte que la cobardía.¹⁰

Más aún, la experiencia de miles de años de prácticas contemplativas da testi-

* En particular Joseph Stiglitz, Dennis Snower, Richard Layard y Ernst Fehr, así como los actores del movimiento FNB («Felicidad nacional bruta»), promulgado por Bután y ahora seriamente tomado en cuenta por Brasil, Japón y otros países.

** Estos tres pilares corresponden al concepto de «mutualidad», desarrollado por el economista Bruno Roche.

*** Debidas sobre todo a los trabajos de David Sloan Wilson, Elliott Sober, E. O. Wilson y Martin Nowak.

monio de que la transformación individual es posible. Esta experiencia milenaria ha sido corroborada ahora por las investigaciones en el ámbito de las neurociencias, que han demostrado que toda forma de entrenamiento —aprender a leer o a tocar un instrumento musical, por ejemplo— produce una reestructuración en el cerebro, tanto en el plano funcional como en el estructural. Y es lo que ocurre asimismo cuando nos entrenamos para desarrollar el amor altruista y la compasión.

Los trabajos recientes de varios teóricos de la evolución* hacen, a su vez, hincapié en la importancia de la evolución de las culturas, más lenta que los cambios individuales, pero mucho más rápida que los cambios genéticos. Esta evolución es acumulativa y se transmite en el curso de las generaciones por la educación y la imitación.

Y eso no es todo. En efecto, las culturas y los individuos no cesan de influenciarse mutuamente. Los individuos que crecen en el seno de una nueva cultura son diferentes porque sus nuevas costumbres les transforman el cerebro a través de la neuroplasticidad, y la expresión de sus genes a través de la epigenética. Esos individuos contribuirán a hacer evolucionar su cultura y sus instituciones, de manera que ese proceso se repetirá en cada generación.

Para recapitular, el altruismo parece ser un factor determinante en la calidad de nuestra existencia, presente y futura, y no debe ser relegado al rango de pensamiento noble y utópico de unos cuantos ingenuos de gran corazón. Hay que tener la perspicacia de reconocerlo y la audacia de decirlo.

Pero ¿qué es el altruismo? ¿Existe el verdadero altruismo? ¿Cómo se manifiesta? ¿Podemos llegar a ser más altruistas? En caso afirmativo, ¿cómo? ¿Qué obstáculos es preciso superar? ¿Cómo construir una sociedad más altruista y un mundo mejor? Tales son las principales cuestiones que intentaremos esclarecer en esta obra.

* Sobre todo los de Robert Boyd y Peter J. Richerson; véase Richerson, P. J. y Boyd, R. (2005), *Not by Genes Alone*.

I

¿Qué es el altruismo?

Vivir es ser útil a los demás.
SÉNECA

La naturaleza del altruismo

Algunas definiciones

¿Es el altruismo «la preocupación desinteresada por el bien ajeno», es decir, una motivación, un estado de ánimo momentáneo, como lo define el diccionario Larousse, o bien una *disposición* a interesarse y dedicarse con ahínco a cuidar de otra persona, según el diccionario Robert, indicando así un rasgo de carácter más duradero? Las definiciones abundan y a veces se contradicen. Si se quiere demostrar que el verdadero altruismo existe y favorecer su expansión en la sociedad, será indispensable esclarecer el significado de este término.

El término «altruismo», derivado del latín *alter*, ‘otro’, fue utilizado por primera vez en el siglo XIX por Auguste Comte, uno de los padres de la sociología y el fundador del positivismo. El altruismo, según Comte, supone la «eliminación de los deseos egoístas y del egocentrismo, así como la culminación de una vida consagrada al bien del otro».¹

El filósofo estadounidense Thomas Nagel precisa que el altruismo es una «proclividad a actuar teniendo en cuenta los intereses de otras personas y sin segundas intenciones».² Es una determinación racional a actuar surgida de «la influencia directa que ejerce el interés de una persona sobre las acciones de otra, por el simple hecho de que el interés de la primera constituye la motivación del acto de la segunda».³

Otros pensadores, confiados en el potencial de benevolencia presente en el ser humano, van incluso más lejos y, como el filósofo estadounidense Stephen Post, definen el amor altruista como un «placer desinteresado producido por el bienestar de otro, asociado a los actos —cuidados y servicios— que se requieren con este fin. Un amor ilimitado extiende esta benevolencia a todos los seres sin excepción, y de forma duradera».⁴ El *agapé* del cristianismo es un amor incondicional por otros seres humanos, y el amor altruista y la compasión del budismo, *maitri* y *karuna*, se extienden a todos los seres sensibles, humanos y no humanos.

Algunos autores hacen hincapié en el hecho de pasar a la acción, mientras que otros consideran que es la motivación lo que define el altruismo y califica nuestros comportamientos. El psicólogo Daniel Batson, que ha consagrado su carrera al estudio del altruismo, precisa que «el altruismo es una motivación cuya finalidad última es incrementar el bienestar del otro».⁵ Distingue claramente el altruismo en tanto que finalidad última (mi objetivo es explícitamente hacer el bien a otro), y en tanto que medio (yo le hago el bien a otro con miras a conseguir mi propio bien). A sus ojos, para que una motivación sea altruista, el bien del otro debe constituir un *objetivo en sí*.*

Entre las otras modalidades del altruismo, la *bondad* corresponde a una manera de ser que se traduce espontáneamente en actos en cuanto las circunstancias lo permiten; la *benevolencia*, que viene del latín *benevole*, ‘querer el bien del otro’, es una disposición favorable hacia el otro, acompañada de una voluntad de pasar a la acción. La *solicitud* consiste en preocuparse de forma duradera y vigilante por el destino del otro: sentirse afectado por su situación, se intenta subvenir a sus necesidades, favorecer su bienestar y remediar sus sufrimientos. La *entrega afectuosa* consiste en ponerse con abnegación al servicio de ciertas personas o de una causa benéfica para la sociedad. La *gentileza* es una forma de dulce deferencia que se manifiesta en nuestra manera de comportarnos con los demás. La *fraternidad* (y la *sororidad*, para retomar una expresión de Jacques Attali) proviene del sentimiento de pertenecer a la gran familia humana, cada uno de cuyos representantes es percibido como un hermano o hermana cuyo destino nos importa; la fraternidad evoca también las nociones de buen entendimiento, cohesión y unión. La *altruidad* es definida por el biólogo Philippe Kourilsky como «el compromiso deliberado de actuar por la libertad de los otros».⁶ El sentimiento de solidaridad con un grupo más o menos amplio de personas nace cuando se debe hacer frente a desafíos y obstáculos comunes. Por extensión, este sentimiento puede experimentarse ante los más desposeídos de entre nosotros, los que se ven afectados por una catástrofe; es la comunidad de destino lo que nos une.

* Batson coincide en este punto con Immanuel Kant, que escribía: «Actúa siempre de manera que trates a la humanidad [...] como un fin y nunca simplemente como un medio», *Fundamentos de la metafísica de las costumbres* (1785).

La acción sola no define el altruismo

En su obra titulada *The Heart of Altruism* ('La esencia del altruismo'), Kristen Monroe, profesora de ciencias políticas y filosofía de la Universidad de Irvine (California), propone reservar el término «altruismo» para las *acciones* realizadas por el bien de otro, asumiendo algún riesgo y sin esperar nada a cambio. Según ella, las buenas intenciones son indispensables para el altruismo, pero no bastan. También hay que actuar, y la acción debe tener un objetivo preciso, el de contribuir al bienestar de otro.⁷

Monroe reconoce, no obstante, que los motivos de la acción cuentan más que sus consecuencias.⁸ Nos parece, pues, preferible no restringir el uso del término *altruismo* a comportamientos exteriores, pues no permiten, por sí mismos, conocer con certeza la motivación que los inspiró. Así como la aparición de *consecuencias indeseables e imprevistas* no pone en tela de juicio la naturaleza altruista de una acción destinada al bien de otro, *el impedimento a pasar a la acción*, independiente de la voluntad de quien quiere actuar, no disminuye en nada el carácter altruista de su motivación.

Además, para Monroe un acto no puede ser considerado altruista si no conlleva un riesgo ni tiene ningún «costo», real o potencial, para quien lo realiza. Un individuo altruista estará, sin duda, dispuesto a asumir riesgos por el bien de otro, pero el mero hecho de asumir riesgos por el bien de otro no es ni necesario ni suficiente para calificar el comportamiento de altruista. Podemos imaginar que un individuo se exponga a peligros para ayudar a alguien con la idea de ganarse su confianza y obtener de él beneficios personales suficientemente importantes como para justificar los peligros a los que se expuso. Además, hay personas que aceptan exponerse a un peligro por razones puramente egoístas, por ejemplo, para buscar la gloria realizando una proeza peligrosa. Por el contrario, un comportamiento puede estar sinceramente destinado al bien del otro sin por ello conllevar ningún riesgo importante. Aquel que, impulsado por la benevolencia, dona una parte de su fortuna o bien pasa años en el seno de una organización caritativa para ayudar a gente que atraviesa momentos difíciles no asume necesariamente un riesgo y, sin embargo, su comportamiento merece, a nuestro parecer, ser calificado de altruista.

Es la motivación lo que da color a nuestros actos

Nuestras motivaciones, ya sean benévolas, malévolas o neutras, dan color a nuestros actos como un tejido da color al trozo de cristal sobre el cual se encuentra. La sola apariencia de los actos no permite distinguir un comportamiento altruista de uno

egoísta; una mentira destinada a hacer el bien, de otra dicha para perjudicar. Si una madre empuja bruscamente a su hijo hacia el bordillo de la acera para impedir que un coche lo atropelle, su acto sólo es violento en apariencia. Si alguien nos aborda con una gran sonrisa y nos cubre de elogios con el único objetivo de timarnos, su conducta puede parecer benévola, pero sus intenciones son manifiestamente egoístas.

En su obra *Altruism in Humans* ('El altruismo en los seres humanos'), Daniel Batson propone un conjunto de criterios que permiten calificar nuestras motivaciones de altruismo.⁹

El altruismo exige una motivación: un reflejo instintivo o un comportamiento automático no pueden ser calificados de altruista o egoísta, sean cuales sean sus consecuencias, benéficas o perjudiciales.

Puede ocurrir también que busquemos el bien de otro por razones que no son ni altruistas ni egoístas, particularmente por sentido del deber o para hacer respetar la justicia.

La diferencia entre el altruismo y el egoísmo es cualitativa y no cuantitativa, es la *calidad* de nuestra motivación, y no su *intensidad* lo que determina su naturaleza altruista.

Distintas motivaciones, altruistas y egoístas, coexisten en nuestro espíritu y pueden neutralizarse cuando consideramos simultáneamente nuestros intereses y los de otro.

El paso a la acción depende de las circunstancias y no califica la naturaleza altruista o egoísta de nuestras motivaciones.

El altruismo no requiere un sacrificio personal; puede incluso generar beneficios personales en la medida en que éstos no constituyan la finalidad última de nuestros comportamientos, sino que sean únicamente sus consecuencias secundarias.

En esencia, el altruismo reside en la motivación que anima un comportamiento. Puede ser considerado auténtico mientras el deseo del bien de otro constituya nuestra preocupación principal, aunque esta preocupación aún no se haya concretado en actos.

El egoísta, en cambio, no contento con estar centrado en sí mismo, considera a los demás como instrumentos al servicio de sus propios intereses. No duda en descuidar, e incluso en sacrificar, el bien de otro cuando esto resulta ser útil para conseguir sus fines.

Habida cuenta de nuestra limitada capacidad para controlar los acontecimientos exteriores y de nuestra ignorancia con respecto al giro que pueden tomar a largo plazo, tampoco podemos calificar un acto de egoísta o altruista basándonos en la simple comprobación de sus consecuencias inmediatas. Dar droga o una bebida alcohólica a alguien que está siguiendo una cura de desintoxicación con el pretexto de que sufre con el síndrome de abstinencia, le procurará sin duda un apreciable alivio momentáneo, pero un gesto semejante no le hará ningún bien a largo plazo.

En cualquier circunstancia, en cambio, nos resulta posible examinar atenta y honestamente nuestra motivación y determinar si es egoísta o altruista. El elemento esencial es, pues, la intención que subyace a nuestros actos. La elección de los métodos depende de los conocimientos adquiridos, de nuestra perspicacia y de nuestras capacidades para actuar.

Darle toda su importancia al valor del otro

Conceder valor al otro y sentirse afectado por su situación son los dos componentes esenciales del altruismo. Cuando esta actitud prevalece en nosotros, se manifiesta bajo la forma de la benevolencia para con quienes penetran en el ámbito de nuestra atención, y se traduce en la disponibilidad y la voluntad de hacerse cargo de ellos.

Cuando comprobamos que el otro tiene una necesidad o un deseo particulares cuya satisfacción le permitiría no sufrir y sentir cierto bienestar, la empatía nos hace sentir primero espontáneamente esa necesidad. Luego, la preocupación por el otro genera la voluntad de ayudar a satisfacerla. Si, por el contrario, concedemos poco valor al otro, nos será indiferente; no tendremos en cuenta sus necesidades y tal vez ni siquiera las notaremos.¹⁰

El altruismo no exige «sacrificio»

El hecho de sentir alegría por hacer el bien a otros, y de obtener, por añadidura, beneficios para sí mismo no hace que un acto se vuelva, en sí, egoísta. El altruismo auténtico no exige que suframos ayudando a los demás, y no pierde su autenticidad si va acompañado de un sentimiento de profunda satisfacción. Además, la noción misma de sacrificio es muy relativa. Lo que a algunos les parece un sacrificio es sentido por otros como una culminación, tal como ilustra la siguiente historia.

Sanjit *Bunker* Roy, con quien colabora nuestra asociación humanitaria Karuna-Shechen, cuenta que a la edad de veinte años, siendo él un hijo de buena familia,

educado en uno de los colegios más prestigiosos de la India, estaba destinado a estudiar una buena carrera, su madre ya lo veía médico, ingeniero o funcionario del Banco Mundial. Aquel año, 1965, una terrible hambruna se abatió sobre la provincia de Bihar, una de las más pobres de la India. Bunker, inspirado por Jai Prakash Narayan, amigo de Gandhi y gran figura moral india, decidió ir a ver con unos amigos de su edad lo que estaba pasando en las aldeas más afectadas. Regresó al cabo de unas semanas, transformado, y declaró a su madre que quería irse a vivir a una aldea. Tras un momento de silencio consternado, su madre le preguntó:

—¿Y qué vas a hacer en una aldea?

Bunker respondió:

—Trabajar como obrero no calificado cavando pozos.

«Mi madre estuvo a punto de caer en coma», cuenta Bunker. Los otros miembros de la familia intentaron tranquilizarla diciéndole:

—No te preocupes, como todos los adolescentes, está atravesando su crisis de idealismo. Después de haber padecido unas cuantas semanas en uno de esos lugares, se desencantará y volverá.

Pero Bunker no regresó, sino que se quedó cuarenta años en las aldeas. Durante seis años cavó trescientos pozos con una perforadora en las campiñas de Rajastán. Su madre no volvió a dirigirle la palabra durante años. Cuando Bunker se instaló en la aldea de Tilonia, las autoridades locales tampoco lo comprendían:

—¿Le persigue la policía?

—No.

—¿Le han suspendido en los exámenes? ¿No consiguió un puesto de funcionario?

—Tampoco.

Alguien de su extracción social y con un grado de instrucción semejante estaba fuera de lugar en una aldea pobre.

Bunker cayó en la cuenta de que podía hacer algo más que cavar pozos. Observó que los hombres que habían hecho estudios partían hacia las ciudades y ya no contribuían en absoluto a ayudar a sus aldeas. «Los hombres son inutilizables», proclamó con malicia. Más valía, pues, educar a las mujeres, particularmente a las jóvenes abuelas (treinta y cinco-cincuenta años) que disponían de más tiempo que las madres de familia. Aunque fuesen analfabetas, era posible educarlas para que llegasen a ser «ingenieros solares», competentes en la fabricación de paneles fotovoltaicos. Además, había poco riesgo de que se marcharan de su aldea.

Bunker fue largo tiempo ignorado, luego criticado por las autoridades locales y los organismos internacionales, incluido el Banco Mundial. Pero él perseveró y formó a cientos de abuelas analfabetas que aseguraron la electrificación solar de casi un millar de aldeas en la India y otros países. Sus actividades son apoyadas ahora por el

Gobierno indio y otras organizaciones; son citadas como ejemplo en todas partes. Bunker concibió asimismo programas destinados a utilizar la sabiduría ancestral de los campesinos, sobre todo la manera de recoger el agua de lluvia para alimentar cisternas con capacidad suficiente para subvenir a las necesidades anuales de los aldeanos. Antes, las mujeres debían caminar varias horas cada día para traer pesadas tinajas de agua a menudo polucionada. En Rajastán, Bunker fundó el Barefoot College («Colegio de los descalzos»), en el que los integrantes del personal docente no tienen ningún diploma, pero comparten su experiencia fundada en años de práctica. Todo el mundo vive allí de manera sencilla, en el estilo de las comunidades de Gandhi, y nadie cobra más de cien euros al mes.

Por supuesto que se ha reconciliado con su familia, que ahora está orgullosa de él. Así, durante muchos años, lo que había parecido a sus parientes un sacrificio insensato, se ha convertido para él en un logro que lo colma de entusiasmo y de satisfacción. Lejos de desanimarlo, las dificultades con las que se había topado en su camino no hicieron más que estimular su inteligencia y sus facultades creadoras. Hasta hoy, y desde hace cuarenta años, Bunker ha realizado con éxito un gran número de proyectos notables en veintisiete países. Y mucho más: todo su ser irradia la alegría de una vida coronada por el éxito.

Para instruir a los aldeanos de manera viva, Bunker y sus colaboradores organizan representaciones en las que salen al escenario grandes marionetas de cartón piedra. Como una especie de guiño a quienes lo miraban por encima del hombro, esas marionetas son fabricadas con informes reciclados del Banco Mundial. Bunker cita a Gandhi: «Primero os ignoran, luego se ríen de vosotros, luego os combaten, y entonces ganáis».

Estar atento y tener muy en cuenta las necesidades del otro

Según el filósofo Alexandre Jollien, «la primera cualidad del amor altruista es escuchar atentamente las necesidades del otro. El altruismo nace de las necesidades del otro y las hace suyas». ¹¹ Y, refiriéndose al sabio indio Swami Prajnanpad, Alexandre añade:

El altruismo es un arte de la precisión, no consiste en darlo todo a granel y en desorden, sino en estar cerca del otro y de sus necesidades. Cuando Swami Prajnanpad afirma que «el amor es cálculo», se está refiriendo a un cálculo de precisión que permite adaptarse perfectamente a la realidad y a las necesidades del otro. Muy a menudo nos hacemos una idea del bien y se la endilgamos al otro. Decimos: «Eso es tu bien» e imponemos dicho bien al otro. Pero amar al otro no

es amar a un áter ego. Tenemos que dejar que el otro sea otro y despojarnos de todo lo que podamos proyectar sobre él, despojarnos de nosotros mismos para ir al encuentro del otro, escuchándolo con benevolencia.

A mi padre, Jean-François Revel, se le cayó el alma a los pies cuando le anuncié que iba a dejar mi carrera científica para irme a vivir al Himalaya, cerca de mi maestro espiritual. Pero tuvo la bondad de respetar mi elección y permanecer en silencio. Después de la publicación del libro *El monje y el filósofo* explicó que «a los veintiséis años, Matthieu era un adulto y tenía pleno derecho a decidir qué hacer con su vida».

En el mundo de la ayuda humanitaria no es, sin embargo, raro que ciertas organizaciones bienintencionadas decidan sobre la manera de «hacer el bien» en algunas poblaciones, sin escuchar verdaderamente los deseos y necesidades reales de los beneficiarios potenciales. La distancia entre los programas de ayuda y las aspiraciones de las poblaciones locales es a veces considerable.

Estados mentales momentáneos y disposiciones duraderas

Para Daniel Batson, el altruismo no es tanto una manera de ser como una fuerza motivadora orientada hacia un objetivo, una fuerza que desaparece cuando se alcanza ese objetivo. Batson considera así el altruismo como un estado mental momentáneo vinculado a la percepción de una necesidad particular en otra persona, más que como una disposición duradera. Prefiere hablar de *altruismo* que de *altruistas* ya que, en todo momento, una persona puede tener dentro de sí una mezcla de motivaciones altruistas hacia ciertas personas, y egoístas hacia otras. El interés personal puede así entrar en competencia con el interés del otro y crear un conflicto interior.

No obstante, nos parece legítimo hablar asimismo de *disposiciones* altruistas o egoístas según los estados mentales que predominen habitualmente en una persona, pues todos los grados entre el altruismo incondicional y el egoísmo limitado son concebibles. El filósofo escocés Francis Hutcheson decía sobre el altruismo que no era un «movimiento accidental de compasión, de afecto natural o gratitud, sino una humanidad constante, o el deseo del bien público de todos aquellos a los que puede llegar nuestra influencia, deseo que nos incita de modo uniforme a realizar obras de beneficencia y nos impulsa a informarnos correctamente sobre la mejor manera de ponerse al servicio de los intereses de la humanidad».¹²

A su vez, el historiador estadounidense Philip Hallie piensa que «la bondad no es una doctrina ni un principio, sino una manera de vivir».¹³

Esta disposición interior duradera va acompañada de una visión particular del mundo. Según Kristen Monroe, «los altruistas tienen simplemente una manera diferente de ver las cosas. Allí donde nosotros vemos un extraño, ellos ven un ser humano, uno de sus semejantes... Es esa perspectiva la que constituye el corazón del altruismo».¹⁴

Los psicólogos Jean-François Deschamps y Rémi Finkelstein han demostrado asimismo la existencia de un vínculo entre el altruismo considerado como un *valor personal* y los comportamientos prosociales, sobre todo el voluntariado.¹⁵

Además, nuestras reacciones espontáneas frente a circunstancias imprevisibles reflejan nuestras disposiciones profundas y nuestro grado de preparación interior. La mayoría de nosotros tenderá la mano a quien acaba de caerse al agua. Un psicópata o una persona dominada por el odio tal vez mirarán ahogarse al infeliz sin mover un solo dedo, e incluso con una satisfacción sádica.

Fundamentalmente, en la medida en que el altruismo impregna nuestro espíritu, se expresa enseguida cuando nos vemos enfrentados a las necesidades del otro. Como escribía el filósofo estadounidense Charles Taylor, «la ética no concierne sólo a lo que es bueno hacer, sino a lo que es bueno ser».¹⁶ Esta visión de las cosas permite inscribir el altruismo dentro de una perspectiva más amplia y contar con la posibilidad de *cultivarlo* como *manera de ser*.